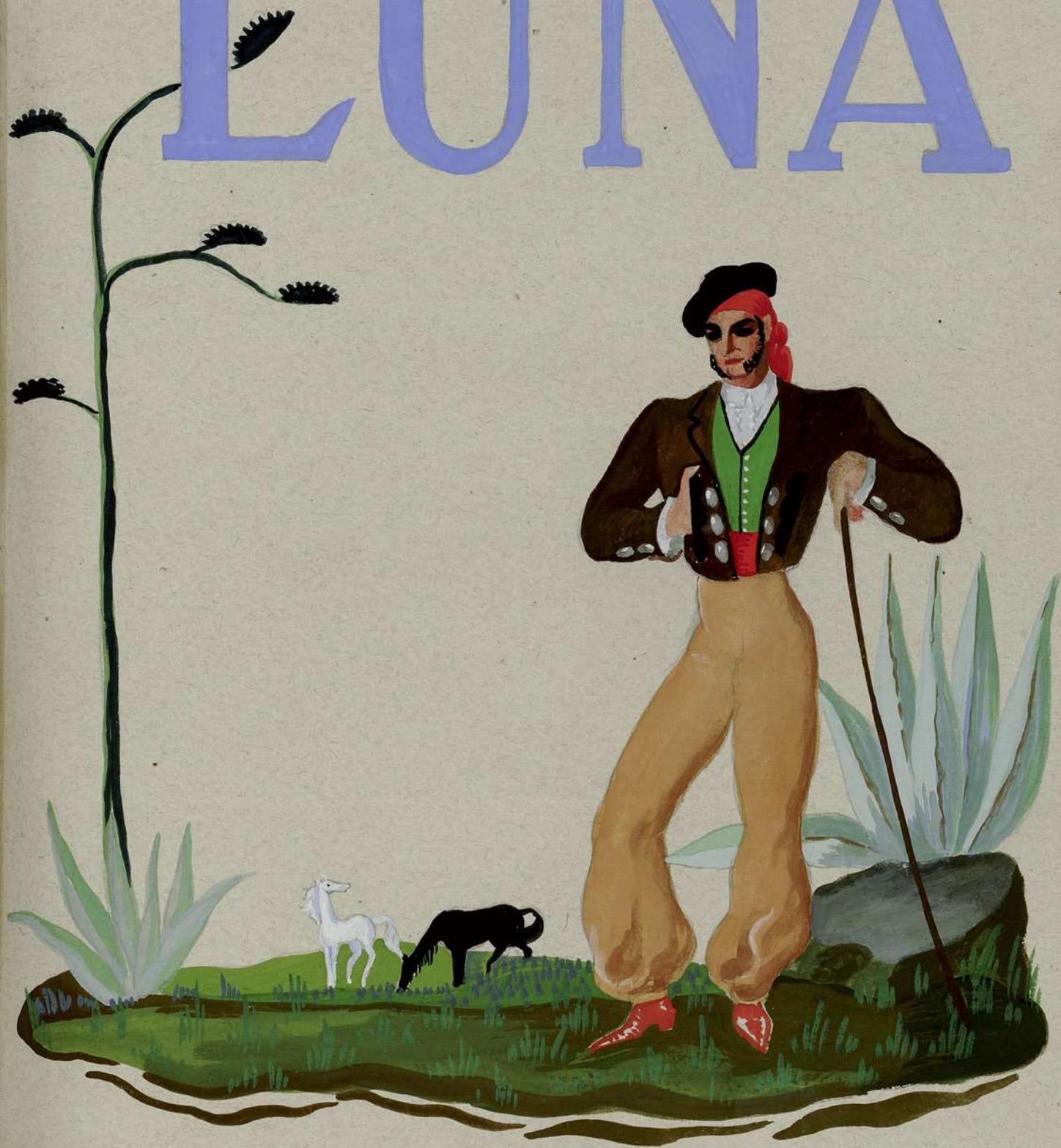


LUNA



LUNA



SUMARIO

AURELIO ROMEA	NOSCE TE IPSUM
ANTONIO DE LEZAMA	LA MALDAD SIN GRANDEZA
ANTONIO APARICIO	C A N C I O N
PABLO DE LA FUENTE	LOS PROYECTOS
EDMUNDO BARBERO	AUTORES CON PRISA
SANTIAGO ONTAÑON	EL LEON (CUENTO)

CUADERNO DE POESIA: D. LUIS DE GONGORA

NOTAS DE LECTURA, por J. C.

Portada e Ilustraciones de ONTAÑON

AMM

AMM

"Nosce te ipsum"

Colocada en el centro de la calzada del paseo de la Castellana, a la altura de la calle de Abascal hay una estatua. Su emplazamiento está calculado con tal habilidad que constituye un considerable estorbo para toda la circulación rodada, lo mismo para los coches que suben y bajan por la Castellana, como para los que desde la calle de Abascal doblan la esquina para emprender el camino hacia la explanada de los Ministerios, y los que procedentes de la Castellana giran en torno de la estatua para subir Abascal arriba.

Inevitablemente, la maniobra se traduce en un derrapaje. El asfalto se va cubriendo de una costra de caucho que el roce violento va arrancando de las cubiertas. Desde nuestros balcones se ven perfectamente destacados los dos caminos que se han formado, por los que discurren todos los coches que tienen que hacer la misma maniobra. Unos, dan la vuelta con menor velocidad que otros, pero todos los que conservan la marcha mínima que a un automovil, digno de serlo, debe exigirse le, rodean la estatua agarrendose desesperadamente al suelo y produciendo ese chirrido alarmante siempre e inconfundible.

Lo he estado observando durante mucho tiempo. Ante ese obstáculo todos los coches son iguales, desaparecen las diferencias y todos sufren el mismo balanceo. Claro que no se puede afirmar de modo absoluto esta igualdad porque no todos entran en la vuelta en las mismas condiciones, ni todos están dotados de la misma forma para salir de ella. Frenos, ballestaje, aceleración son condiciones propias de cada coche que le permiten reaccionar de una u otra forma. Por eso, la identidad es solo aparente y en la manifestación inicial externa: todos comienzan derrapando.

Pero además, hay otra cosa: el conductor. Dentro de su co -

que aprovecha las posibilidades que la máquina le ofrece y hace que el automóvil venza el obstáculo sin consecuencias graves. Es él quien regula la velocidad con que debe acometerse la empresa, él quien imprime los giros convenientes, él quien aprecia si su coche puede o no arriesgarse más o menos en la curva.

A fuerza de buscar en todo lo que nos rodea los paralelismos que la Vida ofrece, he venido a encontrar que esa estatua y las corrientes de coches que pasan por su lado son una imagen bastante aproximada de los obstáculos que los hombres encuentran en el curso de su vida.

Efectivamente, son muy pocos los hombres que, inicialmente, reaccionan de distinto modo que sus congéneres cuando tropiezan con alguna dificultad en su vida. Luego, es claro, lo difícil es encontrar dos que se produzcan de idéntico modo.

No solo porque sus condiciones personales no son las mismas ni son las mismas sus posibilidades, sino porque la conciencia -el conocimiento de sí mismo- es diferente en cada individuo. De eso depende que el hombre salga con más o menos felicidad de sus atrancos. A veces, acomete la maniobra con demasiado impulso y a medio camino tiene que frenar bruscamente y terminar el giro a lenta marcha y corrido y avergonzado, dejándose jirones de su ser -el caucho de sus cubiertas- pegados al suelo aspero y amargo de la vida. Otras, pensando quizá en la sobreestimación de sus fuerzas que le hizo cometer a qué error, se deja invadir de prudencia rayana en temor, entra la encrucijada casi parado y solo a costa de inmensos esfuerzos que si le conservan íntegra su personalidad la hacen aparecer ridícula a los ojos de la humanidad, pueden vencer la resistencia y terminar su viaje. Y tanto en unos casos como en otros, sucede con cierta frecuencia que el resultado es catastrófico, vuelco o parada, choque por demasiada velocidad o por incapacidad de reacción ante el peligro que proviene de ajeno impulso.

Mientras en la vida todo es liso y llano, los hombres siguen su camino sin grandes diferencias y sin que sea preciso demostrar sus especiales condiciones. Igual que los coches avanzan y avanzan dando la impresión de que no hay nada que pueda detenerlos. Incluso parece que no precisan de la conciencia; una vez en marcha el motor está hecho todo. Pero se llega a un punto, -la estatua de la Castellana-, en que solo el exacto conocimiento del funcionamiento de todas nuestras facultades, de aquello a que podemos aspirar, puede conducirnos sanos y salvos. Solo una estimación justa de nuestras fuerzas es conveniente. Ni creer en excesivas apariencias, ni dejar impre-

sionarse por descalabros anteriores. Es en esos momentos que no faltan en ninguna vida, en los que no podemos arrancarnos sin dejar en ellos algo nuestro; cuando tenemos que afrontar situaciones de las que se puede no salir o salir de muy diferentes modos, desde el airoso hasta el ridículo.

Momentos en que el mismo obstáculo nos impide ver los caminos que se abren ante nosotros, en los que la prudencia del conductor o su experiencia -si no tiene el conocimiento directo- es la única garantía de éxito. Momentos en que todas las dificultades de la vida se agarran a nosotros impidiendo nos o tratando de hacerlo, continuar nuestro camino. Hay algunos que estiman ser lo mejor tratar de salvarlos a toda velocidad y así, cobrando el máximo impulso de que son capaces se lanzan por medio de ellas hacia la salida. Pocos son los que consiguen su propósito. La mayoría se ven impedidos de hacerlo, poniendo, además, en grave riesgo, las existencias ajenas. Pasan como una exhalación hasta que el frenazo o la amenaza de vuelco se presenta inminente. Cierto que hay casos en que consiguen dar la vuelta completa, pero ¿a qué precio? Detrás de ellos se han dejado buena dosis de substancia pegada al asfalto de la carretera, y consigo llevan para siempre una equivocada idea de que esa audacia les ha de sacar con bien de todos los pasos difíciles. Repiten la operación en trances semejantes hasta que llega el último, aquél que estimaron salvable de la misma forma y que, con gran sorpresa suya, termina desastrosamente. No encuentran explicación. Y sin embargo es bien fácil. Poco a poco sus cubiertas se a-lisaron, perdieron las ventosas que las adhieren a la vida y perdida la última décima de milímetro, no pudieron aguantar el peso de la conducta humana que se precipitó al vacío.

Pero hay otros que aleccionados -falsamente- juzgan que la prudencia es la base esencial y a ella se aferran. Con la mínima velocidad dan la vuelta. Salen de la dificultad con los mas pequeños daños materiales, pero salen tarde. La ocasión se les ha escapado. Un exceso de prudencia se califica de medio. Con su calma entorpecen la marcha general de la humanidad que no puede sujetarse a un ritmo tan lento. No será culpa suya si sus posibilidades no dieron mas de sí, pero ¿y si todo procedió de una subestimación de las propias facultades individuales?

El termino medio, el término exacto. Esa es la dificultad. Determinar de modo preciso hasta donde y cómo se puede llegar; la labor del conductor del automovil; el funcionamiento de la conciencia. Todo es la misma cosa. Ello nos evitará el frenazo brusco que tan desagradables consecuencias suele aca-

rear. Profesar en el "nosce te ipsum" pero no solo limitarse al conocimiento material, anatómico o fisiológico de nuestra persona. Hay que llegar al examen minucioso, detenido, sincero de la personalidad, para una vez en posesión de su secreto poder lanzarse con garantías de éxito a doblar todas las curvas que se presenten en nuestro camino.

De nuevo las noticias que nos llegan nos abren horizontes de esperanza para la solución de nuestro encierro. De nuevo hemos comenzado a desempolvar proyectos, a hacer cábalas y elevar monumentos para nuestro futuro. ¿Hemos pesado bien lo que valemos, de lo que somos capaces, lo que podemos acometer con relativa seguridad? Creo que el encierro ha sido para nosotros magnífica escuela en este sentido y que lo mismo que sirvió para llegar hasta el fondo en el conocimiento de todos los que han compartido el refugio, ha tenido que servir para que no volvámos a engañarnos -si alguna vez fuimos víctimas de engaño- sobre nuestras fuerzas. Si acierto, no habrá sido un año perdido. Si me equivoco, estaremos muy cerca, tan cerca del fracaso que casi estoy por decir que no merece la pena intentar nuevas direcciones de vida.

Ser dueño de sus actos, como el conductor lo es de su máquina: ahí está el gran secreto. ¿Lo hemos llegado a descubrir? Muy duros han sido los golpes que hemos recibido y mucha la experiencia acumulada. Quizá, para alguno haya sido demasiada y le fuerce a producirse de ahora en adelante con aquella excesiva prudencia que le convierta en un ser inútil para desenvolverse normalmente. Posiblemente otros se dejen arrastrar una vez mas por el impulso de la velocidad. También estos serán peligrosos para una labor común, para una circulación ordenada. Pero la mayoría pienso que aprovechará la lección para seguir aquella sabia máxima que se acostumbraba a decir en algunos Centros republicanos cuando el final de la guerra estaba tan cercano que se veía avanzar hora a hora: "Ni media hora antes, ni un minuto después". En esta ocasión a mi me cogió el toro, pero después de estos interminables meses juzgo muy difícil -el imposible no existe- que me vuelva a suceder. He aprendido todo el valor, todo lo que pueda significar esa media hora antes y ese minuto después, mas bien lo segundo que lo primero.

Aurelio ROMEO.

LA MALDAD SIN GRANDEZA

EN todo, incluso en la maldad, puede haber grandeza cuando se realiza con gallardía y es reveladora de un alma esforzada.

La crueldad del tigre, la ferocidad del aguila, son admirables porque en sus acometidas no miden al adversario y muestran desprecio por la propia vida.

Pero en la hiena y en los cuervos, que únicamente arremeten contra los caidos y hunden sus picos o sus dientes en las carroñas, nada existe que mueva en el ánimo a admiración.

Y es que lo más infame y despreciable está en la cobardía, y aun ella inspira mayor desdén cuando, además, tiene la inconsciencia de la imbecilidad.

Se quiere ahora, explotando un sentimiento patriotero, no patriota, y aprovechando una coyuntura difícil, recuperar Gibraltar.

Espina, ¿quien lo duda ni lo niega?, es esa que lle vamos clavada en el alma española y espina que debemos, ¿por qué no se ha dicho?, a un caudillo alemán. Pero este dolor que data de algunos siglos y contra el cual hemos reaccionado en pocas ocasiones, aunque siempre con mas gallarda elegancia, no era este el momento de hacerlo cesar, pues si lo hacemos pensando que Inglaterra es impotente para evitarlo, además de una felonía es idea idiota y suicida. Estuvieramos en guerra con la Gran Bretaña y nada ni nadie discutiría la oportunidad imprescindible, pero decla

rar solemnemente que somos neutrales, olvidar que la no intervención y un ánimo benevolente de las derechas inglesas gubernamentales facilitó el triunfo del nacionalismo en España, y traídoramente agazapados tras del poder, pasajero o eterno, igual me da, de los enemigos de las democracias, intentar arrebatarse a Inglaterra el peñasco llave del estrecho causa sonrojo y atribula el espíritu.

Eso, esa conducta, no le va bien mas que a un periodista venal, traídor y cobarde, como Manuel Aznar, conciencia siempre vendida al mejor postor y a un ridículo remedo de dictador como el General Franco, que acumula en su alma perjurios, ineptias, snobismo, y ambiciones de cacique negroide.

Si la pluma no hubiera sido siempre asalariada y adulatora del poder, si la espada hubiera vencido por sí sola y no mandada y sostenida por el extranjero, la maldad de uno y de otro revestiría características de proporciones grandes, pero tal como son, solo inspiran el horror de su alevosidad y la preocupación de las funestas consecuencias a que nos arrastran.

¡Gibraltar español, qué hermoso sueño para darle de corosa realidad, pero que bochornoso triunfo si se logra apuñalando por la espalda al enemigo -¿enemigo ahora?-, y en oscura encrucijada!

Me aterra el pensar la siniestra aventura a que quieren arrastrarnos, acaso en sumisa obediencia tenebrosa al fascismo.

Una gestión diplomática en estos momentos precisos sería un indecoroso chantaje y una acción guerrera su pondría acaso el más grave peligro para España, los horrores de una guerra de represalias y la ruina en lo futuro.

Si un puñado de hombres desharrapados, faltos de disciplina, técnica, ideales y valor, como ellos afirman, les han tenido en jaque a los ejércitos nacionalistas con sus legiones italianas y alemanas y su poderosa aviación, ¿qué podrían hacer frente a pueblos como el inglés y el francés, luchando a la desesperada, en pelea a muerte?

Que insensatos atiborrados de pedantería y malabarismo literario lancen sus locuras al viento es comprensible, pero lo que no cabe en cerebro humano es que haya unos gobernantes que consientan esos peligrosos escarceos en que se juegan el honor y el porvenir de España.

Quienes actualmente rigen los destinos de nuestra pa

tria no se han dado cuenta de que gobernar es un arte que requiere condiciones, cultura, suma de voluntades y un especial talento que es la característica de la política.

No basta el querer y el imperio de la fuerza, es preciso también la inteligencia adecuada y la oportunidad de la acción.

En el gobierno de los pueblos es imprescindible, además, la honestidad y el respeto a las demás naciones. La bondad, en una palabra.

Los hombres de ahora, no son ni saben ser buenos.

Malvados sin grandeza, enanos presumiendo de gigantes, estadistas sin sentido común, ¿cuándo os llegará vuestra hora?

Antonio DE LEZAMA

NOTAS POLITICAS

I A capitulación de Leopoldo III ha debilitado considerablemente el frente de los aliados que se encontraba dentro de la bolsa y al retirarse las fuerzas belgas aumento la presión alemana que obliga a las tropas franco-inglesas a retroceder lentamente para ser evacuadas por los puertos.

Se advierte un mayor espíritu combativo en los aliados y en Alemania se abandonan las esperanzas de llevar a Francia a firmar una paz separada, mientras Mussolini anuncia la entrada de Italia en la guerra para un plazo muy breve.

II ACIENDO el juego italiano de agitar el Mediterraneo, se ha suscitado en España una campaña por la restitución de Gibraltar.

El sábado, coincidiendo con la llegada del nuevo embajador británico, Sir Samuel Hoare, se hicieron manifestaciones callejeras reivindicativas del Peñon.



CANCIÓN

Niña la de los ojos
cerrados por el llanto,
niña con los palillos
rotos entre las manos
y vistiendo de luto
tus dieciocho años.

¡Ay calle de la Feria
desembocando
en aquella Placita
de los carros

donde la tarde era
un colegio de pájaros
bajo un cielo prendido
de panderos volando.

¿Se fué como un pandero
tu corazón de cintas y amaranto,
perdido entre la nube
gris de los desengaños?

¡Ay si yo ahora pudiera
remediarlo!...
Pero el querer de entonces
yace al fondo de el lago
y no hay nadie que pueda
salvarlo.

Ahora pasas la tarde
meditando,
blanca y triste y cautiva
lo mismo que los nardos.

Nada vale la pena,
todo es vano
y la vida un arroyo
amargo
copioso por las venas
oscuras y encendidas de tu llanto.

Antonio APARICIO.

DIVAGACIONES

los proyectos

TODO coincide ya en fijar la proximidad del fin de nuestra etapa de refugio. Nos cuesta ahora mas trabajo someternos a las pequeñas tareas que nos impusimos y a las que debemos en gran parte que el tiempo no se nos haya hecho demasiado largo.

Estoy seguro de que es ahora, cuando en todo se presentan las perspectivas de nuestra reincorporación a la vida civil, nuestras íntimas meditaciones se fijan en ese futuro inmediato. Y cada uno pesa y mide sus proyectos personales de cuando nos vimos obligados a la emigración y los colectivos que han surgido aquí en varias conversaciones, algunas llenas de un matiz pretendidamente solemne.

El punto de arranque es uno mismo. ¿Qué es lo que yo puedo hacer concretamente?. Despues se colocan enfrente todas las cosas que han pasado por nuestra imaginación y las vamos midiendo sin ninguna fantasía, empeñados en no engañarnos a nosotros mismos. Hay una base inicial en todos nosotros; lo que hasta ahora, mejor dicho, hasta la guerra, era nuestra profesión o nuestro proyecto general de vida. Dentro de esta órbita personal vamos a seguir desarrollando nuestra actividad. Pero entra un factor importantísimo que no se puede dejar de lado; el desconocimiento del medio en que hemos de movernos en adelante.

La coincidencia de varias personas en trance de rehacer sus vidas nos ha obligado a cambiar impre-

siones y confrontar nuestros planes con la impresión que ellos podían hacer a los demás para ver si merecían la pena de seguir teniéndose en cuenta. Así, ha sido fácil encontrar los puntos de coincidencia en la apreciación de algunos de ellos y unificar nuestras ideas, ya que la necesidad es la misma, y suponer posibilidades de realización conjunta de las cosas.

Cuando la salida no era más que una idea fija, pero sin que nos atreviésemos a hacernos ilusiones sobre su próxima realización, era más fácil desentenderse del pensamiento de las dificultades. Hoy ya no. Ya no debemos manifestar una seguridad de que carecemos ni ofrecer una colaboración que vamos a regatear si se presentase otra cosa, cualquiera, que nos sea más atractiva por el momento.

Lo real es que nuestro grupo de los Noctambulos se va a dividir en dos. Que la mayoría, los que vamos a Chile, contamos encontrarnos allí con amigos que han de dar a la vida, en los primeros momentos, un carácter de reanudación de viejas ideas y antiguos compromisos. Esta acogida no dejará de envolvernos en un agradable ambiente de suavidad perezosa. ¡Hay tanto de que hablar! Hay que ponerse al corriente de la etapa de separación más o menos llena de peripecias. Y contarnos mutuamente lo que vamos a hacer y recoger también el principio de experiencia de los que llevan allí más tiempo.

Luego vendrá lo sugestivo de una solución personal minúscula a base de algún empleo cualquiera. ¿Quién es el que puede atreverse a recomendarle a uno que renuncie a ello con las razones de una más o menos hipotética empresa?

Con unas y otras cosas en nuestro grupo habrá diferencias, resoluciones apresuradas, y quien sabe si alguna discusión también. Hay que contar con ello. Había que no haberlo perdido de vista en ningún caso. Pero bueno está que, al menos, pensemos en ello ahora.

Entonces ¿es que no queda nada de lo pensado? No. No me paso al terreno del escepticismo ni del pesimismo. Hay cosas que no pueden considerarse hundidas a pesar de todo. La idea del diario es consustancial con Lezama, con su propia necesidad de trabajo, con su experiencia y sus posibilidades. Lo de los libros es, por lo que a mi se refiere, lo que mejor puedo resolver y en ello entra un plan tan ambicioso que permite sacar ventaja precisamente de la separación en

Reconozco que es difícil ésto. Que es menos com-
prometido esperar y ver. Pero como la espera no pue
de ser inactiva se marcará siempre un alejamiento i
nicial que dificulta volver a "creer" cuando las co
sas ya están resueltas y en marcha satisfactoria.

Lo que todos llevamos encima es una responsabili
dad inmensa. Como hombres que se ven obligados a re
hacer todos los pasos de su vida y como emigrados
políticos de cuya conducta se han dicho tantas inf
mias que nos fuerzan a no incurrir en ligerezas a o
tros, quizá, disculpables.

Y perdonad estas divagaciones de hoy tan concre
tamente dirigidas a nuestra preocupación inmediata
y que prueban, mas que otra cosa, que la idea de la
próxima salida está bien metida en nuestra cabeza y
lo doloroso que sería esta vez una desilusión.

Pablo DE LA FUENTE

AUTORES CON PRISA

UNA prueba de la miseria intelectual porque atraviesa el teatro en la actualidad es la poca permanencia de las obras en los carteles, lo efímero de su vida. Una obra estrenada, por mucho éxito que tenga, pasada una o dos temporadas no queda de ella ni el recuerdo. No hay mas que volver la vista atrás quince o veinte años para darse cuenta de la diferencia que nos separa de aquel tiempo.

Cuando las gentes se enfrentan con este problema suelen justificar las causas con razones como la siguiente: "Hay que tener en cuenta que hoy día la vida es cada vez más dramática y apasionante. La calle y el periodico tienen mas interés que los espectáculos. El ritmo de la vida moderna impide permanecer dos horas y media sentado en una butaca presenciando un espectáculo que se desarrolla dentro de un marco de papel. Además antes el cine y los deportes no existían en la proporción de ahora y eran espectáculos cuya organización estaba empezando en España a desarrollarse. El primero no había llegado al grado de esplendor que ha alcanzado en la actualidad".

Todas estas razones se caen por su peso si nos fijamos en la producción dramática universal. En países como Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, con una vida de ritmo infinitamente mas acelerado que el nuestro, con la producción cinematográfica

mas importante del mundo, con miles de espectáculos de mucha mas importancia que los nuestros dada la diferencia del nivel económico, se estrenan obras de importancia trascendental que permanecen años y años en los carteles para luego ser traducidas a los principales idiomas del mundo.

En Francia Bourdet con media docena de obras se ha hecho famoso, y la permanencia de sus obras durante años en los carteles de Francia le hicieron celebre en el mundo antes de ser traducido. ¿Quién no recuerda sus títulos "La prisionera", "El sexo de bil", "La flor de guisante" y "Los tiempos difíciles"? Esto mismo lo hacemos extensivo a la obra de Achard y a la de Pagnol. Y lo mismo que en Francia ocurre con los autores de las otras dos naciones citadas.

Pero sin asomarnos al extranjero, sin salir fuera de nuestra patria, trasladandonos al estreno de "La Malquerida" o "Señora Ama", podemos poner el ejemplo con nuestra propia producción dramática de otro tiempo. Se estrenó la primera hace veintisiete años. Su estreno fué un acontecimiento de tal importancia que sería difícil de comprender por la generación actual, y sin embargo la prueba está en que todavía se representa con éxito y gran resultado económico todos los años. Podríamos recordar, tambien como ejemplo, otras muchas obras de Benavente, algunas de los quintero y de otros autores, muchas traducciones incorporadas durante años y años al repertorio del teatro español, "Juan José" y todas las que se siguen representando con mas asiduidad que las actuales, la mayoría de las cuales al año de estrenadas resultan mas viejas que las que acabamos de nombrar.

Voy a señalar algunas de las causas de este fenómeno no apuntadas en mis artículos sobre la decadencia del teatro. Para mí la fundamental es la falta de paciencia. Los escritores actuales aspiran a tener posición y prestigio sin historia, caso imposible. Quieren que desde su primera obra lógicamente defectuosa por ser la primera, la crítica se muestre asombrada y unánime en el elogio y que su fama se extienda por el público con la misma rapidez de las noticias de la radio.

Con la República empezaban a cuajar grandes figuras de la dramática actual. Federico Garcia Lorca,

poco antes de nuestra guerra obtuvo dos grandes éxitos con el estreno de "Bodas de Sangre" y "Yerma". Pero es que llevaba diez y seis años de labor cuando o tenía estos éxitos, había publicado varios libros, e intentado varias veces el teatro y tenía treinta y cinco años. Rafael Alberti en quien concurren condiciones parecidas, también con quince años de labor y de quien es lógico esperar la obra grande. Alejandro Casona, también con treinta y tantos años y llevando muchas obras escritas antes de haber estrenado, presentó una de ellas -"La sirena varada"- al concurso anual del Ayuntamiento de Madrid para el premio Lope de Vega. Fué premiada la obra y estrenada por Margarita Xirgu, tuvo una crítica excepcionalmente elogiosa y a pesar de ello podemos decir que el público no llegó a enterarse. La obra se representó unas cuantas noches con auditorio muy escaso. Al año siguiente estrenó, también con la Xirgu, su segunda comedia "Otra vez el diablo" que tuvo tan buena prensa como la primera pero igualmente con público escaso. Solo con su tercera comedia logró imponerse, hacer su nombre conocido del público obteniendo un éxito de excepción. El éxito de "Nuestra Natacha" comedia inferior a sus anteriores se debe primero a que en el páramo de la dramática española aparecía un autor nuevo que contaba ya con dos grandes éxitos de crítica, cuyo nombre se iba haciendo difundir por la minoría selecta de Madrid y a que la obra aun siendo inferior a las otras en calidad literaria estaba escrita francamente de cara al público y por su intención política recogía la vibración de la calle.

Los nuevos autores que han surgido después de movimiento son totalmente desconocidas de la gente, carecen de obra realizada anteriormente, tienen poco que decirnos de nuevo y tienen la pretensión de que con un boceto o ensayo de comedia mas o menos discreto se les considera y reconozca por decreto como genios de la escena.

Hace unos días con motivo del estreno de "La respetable primavera" de Roman Escotado hemos visto una crítica tan elogiosa que daba a entender que había aparecido un genio, mejor diríamos un monstruo de la escena, sobre todo leyendo las afirmaciones de "Arriba" órgano de la Falange. Ya leyendo al crítico de la "Hoja oficial del lunes" menos informado de fervor nacional sindicalista señalaba a pesar de elogio

inocencia y falta de habilidad en el autor, se ve el verdadero terreno en que se puede situar la obra sin que por ésto dejemos de suponer mérito y belleza en la obra y en el autor condiciones mas o menos grandes.

Es que la prisa en estos muchachos les hace ir demasiado lejos y no saben que el tiempo es un factor indispensable que no sabe de prisas, que no siente la desazón como estos autores de que se les pueda acabar su ocasión de un momento a otro. Tienen que darse cuenta ellos, que tanto hablan de tradición, que las cosas no se inventan, sino que van surgiendo como consecuencias unas de otras. Así un autor necesita de años para enterarse de lo que es el teatro, leer y ver muchas comedias y estrenar él mucho tambien. Pero estos muchachos nacionalsindicalistas creen que se pueden suprimir de un plumazo todos los hombres de un país para ser sustituidos por chicos del SEU.

Edmundo BARBERO

El Leon

(CUENTO)

DON Palimpsesto Garcia Y Viniesa reunió a sus tres hijos en el comedor de la casa. Eran estos, tres. El mayor Leon, y los otros dos, Carmencita y Bartolomé. A este ultimo le llamaban Bar para acortar el nombre. Una vez que los tuvo alrededor de la mesa, les dijo:

-Hijos míos, acabo de recibir una carta de mi amigo Silvestre Paratrex que se encuentra en el Africa Central y que dice lo siguiente en su final: "Te envío un precioso regalo. Espero que sea de tu agrado. Besos a los niños, y un fuerte abrazo para tí de, Silvestre". Como vereis es un buen amigo, mi amigo Silvestre. El regalo debe ser espléndido. El talón que acompaña a la carte indica trescientos cincuenta kilos, de modo que ya prepararnos a esperar el gran regalo!

Los chicos se quedaron locos de alegría. Leon que no se distinguía por su generosidad ni su educación, advirtió que si eran cosas de comer, a él le tocaba mayor parte porque para eso era el primogénito. Los otros dos niños protestaron, mas como don Palimpsesto le tenía cierto miedo a Leon, le dió la razón.

...

Se encaminó don Palimpsesto a la estación del Mediodía y cuando presentó el talón en la ventanilla, el empleado dió una voz.

-¡Ya está aquí!...- y después le dijo -Pase, pase por aquí.

¡Buen regalo, amigo!

Le hicieron recorrer una amplia nave abarrotada de paquete-
ría y le indicaron su expedición.

-¡Aquí lo tiene usted!

Don Palimpsesto no cabía en sí de gozo. Su querido amigo
Silvestre Paratrex le enviaba un soberbio leon cazado por él
mismo en la selva africana.

Cuando llegó a su casa con tan preciosa carga, los chicos
saltaban de alegría a lo largo del estrecho pasillo como si
el regalo hubiese sido bombones de "A la Marquise de Sevigné".

Mas tan estupendo regalo tenía un inconveniente: ¿donde co-
locarlo? Era un verdadero problema. Por lo pronto la primera
noche metieron la jaula en la cocina. A la hora de comer los
vecinos gritaban por el patio:

-¡Esa radio! ¡A ver si la ponen mas bajo!

Era el leon que pedía de cenar.

El gato de la casa, llamado Pio -en memoria de un santo va-
ron- que era envidioso, envidioso, -mas que el niño Leon que
lo era en grado superlativo- se arrojó por la ventana suici-
dándose. ¡Era demasiado!

La cena salió bastante floja pues hay que confesar que el ar-
matoste estorbaba bastante. Además, solo comieron las legum-
bres, pues la carne hubo que echársela al leon para que se ca-
llase. Sentados los cuatro miembros de la casa en torno de la
mesa del comedor no podían disimular su gozo. Se puso a discu-
sión como había de llamarse el precioso y africano animal. El
hijo mayor, Leon, propuso que le llamasen Pablo por el enorme
parecido que tenía con los retratos que hasta la fecha habían
hecho a un famoso líder socialista. Al padre le pareció irre-
verente y muy a disgusto de Leoncito quedó descartado lo de
Pablo. Carmencita le quiso llamar Cuchifritín no siendo acep-
tado tampoco porque no le iba lo del "tin". Bar, que era de u-
na gran sensatez argumentó que el nombre mas bonito para un
leon era León. Don Palimpsesto lo encontró de perlas, acerta-
dísimo. Leoncito dió un puñetazo sobre la mesa y dijo que si
se aceptaba él se marcharía a vivir su vida. Se le hizo ver
el honor que se concedía a su nombre, y que llamando Leon al
leon el nombre de Leon cobraba un gran prestigio. Como el en-
diablado niño era mas vanidoso que un tenor, se convenció. Pi-
dió ser él el que le sacase por las noches a "eso"...a pase-
ar. Aquella noche los niños no durmieron pensando lo que iban
a presumir en el Retiro con sus amigos, los demás niños y el
padre, pensando el nuevo emplazamiento del arrogante animal.

A la mañana siguiente, la almohada -la mejor consejera- ha-
bía dictado ordenes estupendas.

Temprano, todavía no se habían levantado los niños, don Palimpsesto desalojó todos los muebles y enseres de su habitación. Hizo venir a un cerrajero que puso hermosas rejas en las dos ventanas y una gran puerta de barrotes de hierro en la entrada del cuarto. Rápidamente pintó con gran maestría magníficas plantas tropicales para dar la sensación al rey de la selva de que no había abandonado su trono. Estaba en todo. Con grandes precauciones puso al jaula al final del pasillo que terminaba en la puerta del hasta entonces dormitorio de D. Palimpsesto, como él había visto en los chiqueros de la plaza de toros, y abrió la puerta de la jaula. Salió altanero el león y de dos zancadas cruzó el pasillo metiéndose en su nueva morada. Con una cuerda convenientemente dispuesta a lo largo del pasillo cerró la estancia pasada a ser jaula y cerrando el pesado cerrojo. Lo primero que hizo el arrogante animal fué asomarse a una de las ventanas. Los vecinos, gente bastante inculta, discutían de ventana a ventana.

-Es Carlos Marx .

-Es Reclus, decía el del tercero que era anarquista.

-Es Fonseca, el de los puros, gritaba un cubano que vivía en el primero.

-Es Flammarion, aseguraba un espiritista del entresuelo.

La hija de la portera, una modistilla de rompe y rasga, vociferaba desde el fondo del patio.

-¿Pero no ven ustedes que es don Palimpsesto que se ha dejado la barba? ¡So voceras!

La fiera dió un rugido y todos estuvieron de acuerdo. Le habían visto muchas veces, le conocían: era el león de la Metro.

Subieron muchos a felicitar a don Palimpsesto y a preguntarle si le había contado cosas de Greta Garbo. Don Palim,-como le llamaban cariñosamente-, no cabía en sí. Inflado como un pavo real repetía con falsa modestia:

-Si no tiene importancia...Esto lo tiene cualquiera.

Los niños, aquella mañana, no salieron a la calle. Pasaron sus horas junto a la puerta de barrotes y piltrafa de carne a hora, piltrafa después, a la hora de comer solo comieron legumbres. Mas ¡qué mas daba!

Bar, que iba para sabio, dijo que él había visto en la Casa de Fieras que a los leones les echaban carne de caballo. Era difícil encontrarla, pero cogieron el caballito de cartón, precioso, que les habían "echado" los Reyes y se lo arrojaron al leon. Este se lo comió y luego estuvo mas de media hora jugando con las ruedas como si fuese el suicidado Pio.

Así pasaban los días felices y aumentaba el régimen vegetariano. Don Palimpsesto no se daba cuenta de que sus dos hijos menores adelgazaban a ojos vistos. Leon, el mayor, no tanto ,

pues como la envidia empezaba a comerle decidió contrarrestar no echando al leon la carne que le correspondía.

El leon, tambien perdió peso y un poco el hermoso pelo rubio. De vez en cuando decía algo y los vecinos que ya estaban en el ajo no decían: ¡Esa radio!, sino que gritaban:

-¡Ese leon!,

Y don Palimpsesto tenía que salir a la calle a empeñar algo para echar alimento al leon.

Eran tan felices! Es decir, solo una persona de la familia se sentía desgraciada...No podía vivir sossegadamente. No se acercaba a la jaula de Leon, no le hacía caricias ni nada. Era el otro Leon, Leoncito Garcia y Viniesa. Sus noches eran inquietas, torturantes. El gusano de la envidia se había infiltrado en su carne y por ella campaba a su antojo. Mordía la almohada, cerraba sus puños, daba patadas en la cama. Don Palimpsesto que se había ido a dormir al cuarto de la criada, la decía:

-¡Ese leon!

-¿Qué quiere usted que haga un animal?, reflexionaba la sirvienta.

-No, si no es el león, es mi hijo Leon.

-Leon se está poniendo amarillo.

-Todos los leones son amarillos. Los que tienen rayas son los tigres.

-No señor, el que se vuelve amarillo es Leon. A ese chico le pasa algo. E

-Es la edad, contestaba el padre y volvía a dormirse como un ceporro.

Pero Leoncito se desesperaba.

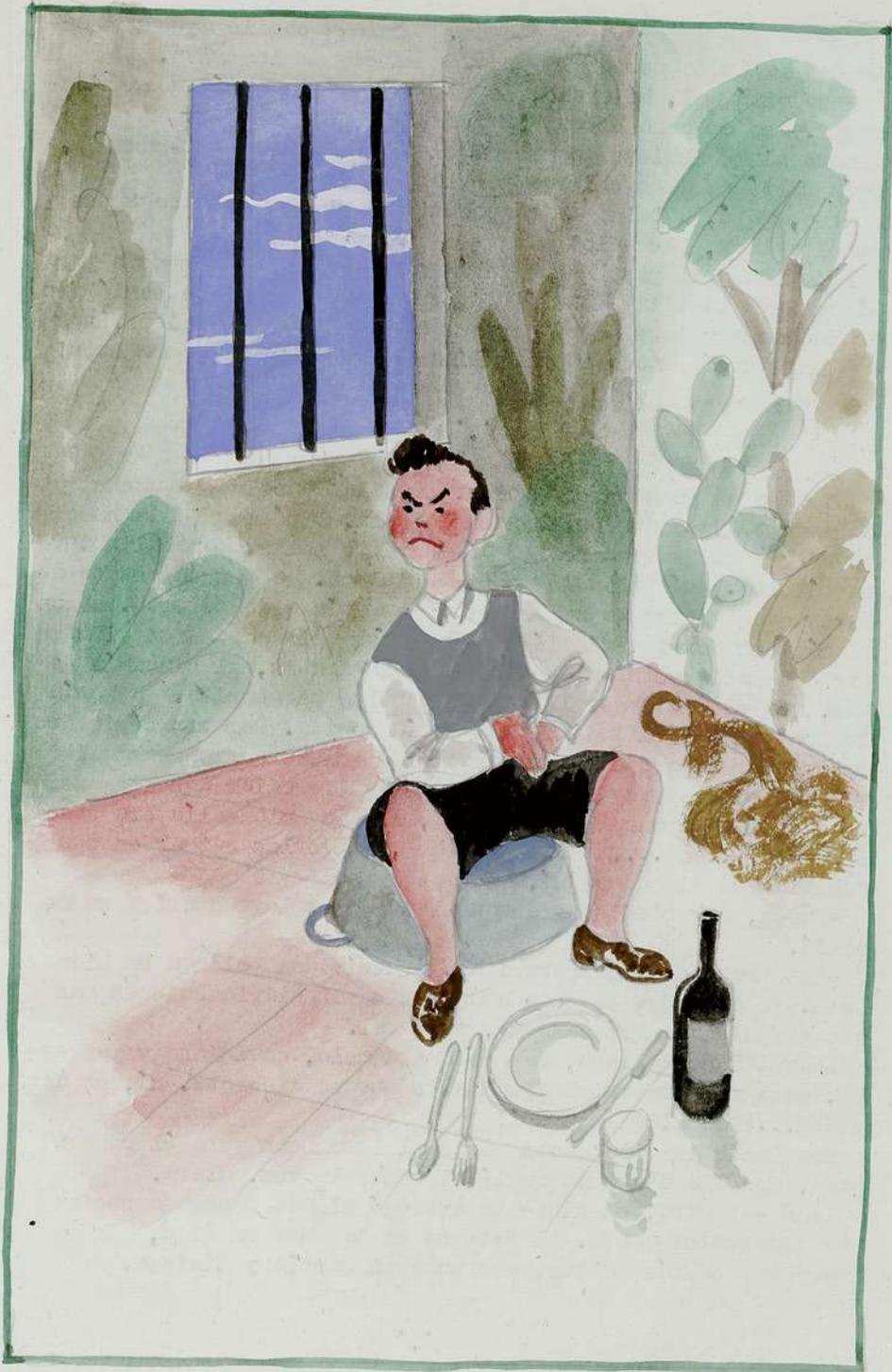
-¡Que yo tenga que aguantar esto! ¡Que se me postergue de esta manera! ¿No soy yo el único, el verdadero Leon de la casa? ¡Terminaré matandome! Esto no lo puedo resistir.

Y le rechinaban los dientes, bizqueaba sus ojos en un expresivo gesto a lo Ben Turpin solo que al revés, en triste.

Así se iban sucediendo los días y el leon engordaba y los niños enflaquecían. Hasta el mismo Leon que no daba su carne se estaba quedando en los huesos. Claro que esto ya hemos dicho que era la envidia, ¡la cochina envidia!

Pasado un mes, el leon rugía con demasiada frecuencia. Los lindos y bondadosos Carmencita y Bar sufrían pensando si aquello que hacía sufrir al leon sería la melancolía. En cierta ocasión en que estas dos preciosidades se plañían de la tristeza de la fiera delante de Leon, éste, con una mirada feroz, les dijo apretando los dientes:

-¡Que se muera!



Carmencita y Bar palidecieron. Por la noche le acusaron ante don Palim de desear la muerte del rey de la selva.

-Eso está mal, hijo mio, le dijo el señor García a su hijo mayor.-Eso es como desear la muerte a un semejante.

Como si le hubiese puesto en el pecho un hierro candente, León saltó echando chispas por los ojos.

-¡No, papá, no! ¡No me compares! ¡Todavía hay clases! Ese maldito leon, ¡le odió!

Y cogiendo el postre que había sobre la mesa dispuesto para el reparto familiar se fué a su cuarto y allí se lo comió gruñendo con gruñidos muy parecidos a los rugidos del leon. En su mente se cocía una idea diabólica ¡Ya verían quien era Leon!

∴

La casa se puso en conmoción. Eran las once de la noche y Carmencita y Bar no estaban en la casa. ¿Qué les podía haber ocurrido? La portera no les había visto salir. Don Palim tuvo un palpito. Fué hacia la morada del leon. La puerta estaba aparentemente cerrada mas el cerrojo había sido abierto. En un rincón del cuarto, al pié de un cactus primorosamente pintado por don Palim estaban las ropas, los zapatos, el cinturón de Bar, una cadenita que llevaba al cuello Carmencita. No había lugar a dudas, el leon se los había comido. Por una série de motivos se supo que Bar y Carmencita quisieron poner en libertad al leon por ver si con ello podían remediar aquello que ellos creían melancolía. Pero ¡sí, sí! La melancolía era sencillamente....eso....hambre. Y claro, al verlos entrar en sus dominios se dijo para sí,

-¡Leon, muy bien! ¡Como aquellos dos exploradores! Y se los comió.

-Esto ha sido una barbaridad, le decía don Palim a su hijo Leon.-Yo creo que la comida que le damos diariamente es mas que suficiente. Francamente, está mal.

Leoncito se callaba, mas como era malo, envidioso y perverso, casi nos atrevemos a confesar que se alegraba. Sí, se alegraba...¡Los niños son así!

Don Palim le dijo cosas duras al leon Leon pero él como si nada. Aquella noche no rugió ni una sola vez. Claro.

Leon -el otro, el niño- se entregó al mas sosegado sueño que imaginarse puede. Al meterse en la cama se dijo,

-Mañana sabrán lo que hace un Leon García y Viniesa.

∴

El día señalado llegó. Para don Palim fué el mas triste de su vida. ¡Qué diría don Silvestre Paratrex cuando se enterase!

Don Palimpsesto, muy de mañana fué a dar de desayunar a los Leones, y el suyo, el propio, el niño, no estaba en su cuarto. Se encaminó hacia la jaula habitación del otro, del leon, el del desierto y cuando echó un vistazo a través de los barrotes quedó petrificado.

En el centro del cuarto estaba Leon, el niño, con el rostro ligeramente abotagado como esos señoritos de Bilbao después de una "despedida de soltero". Exactamente debajo del cactus primorosamente pintado por don Palim se podía ver un hermoso rabo de leon, unas orejas y un buen montón de pelo rubio sin llegar al patino.

-¿Qué has hecho, insensato?

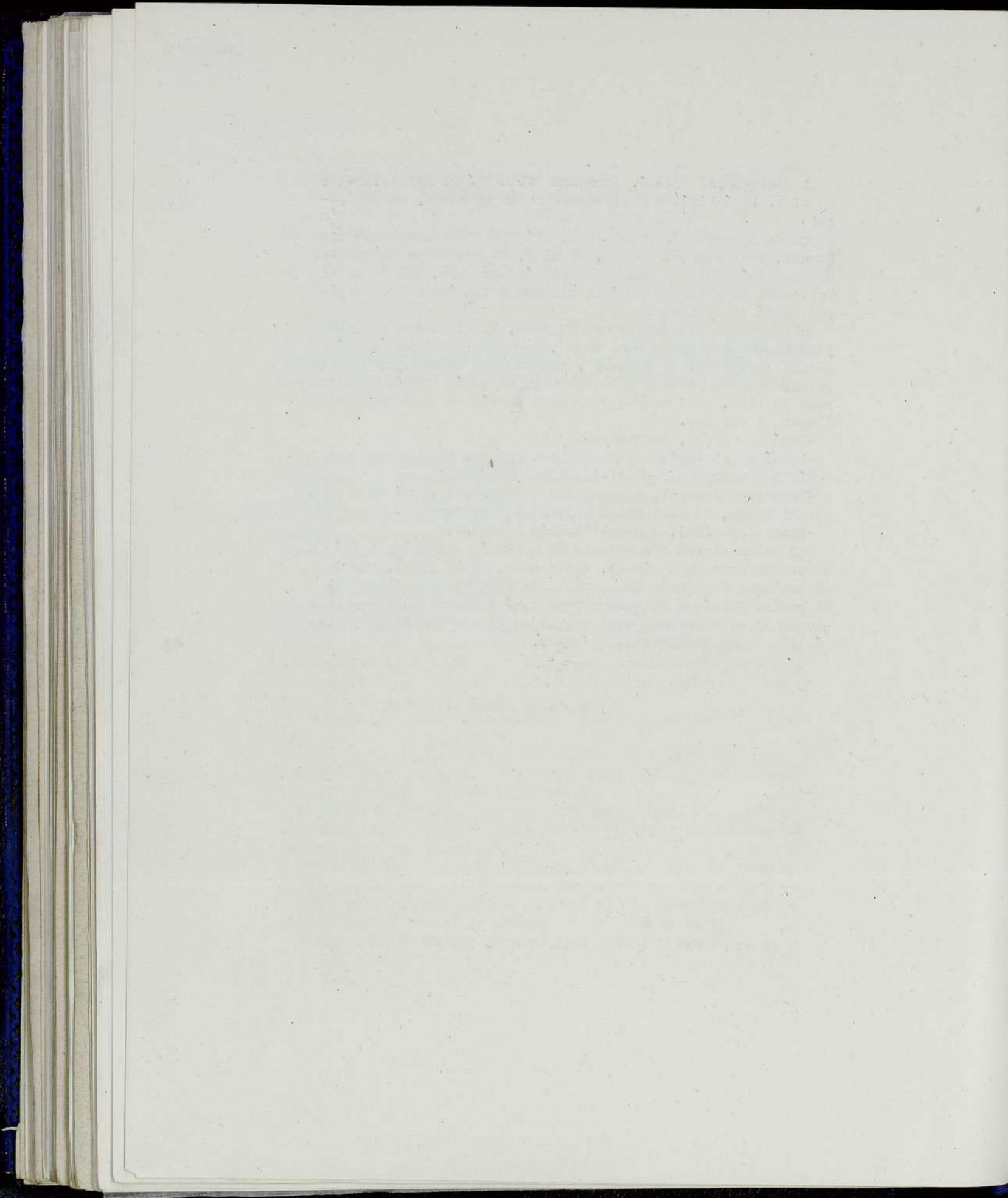
-¡Comérmelo! Aquí no hay mas Leon que yo. ¡Le odiaba! ¡No podía sop rtar su presencia!...¡Era demasiado!

-Pero ¡desdichado!, clamaba don Palimpsesté -¿Qué va a de - cir mi amigo, mi buen amigo Silvestre Paratrex?

-¡que diga misa!, contestó chulón Leoncito.

Don Palim viendo que aquello ya no tenía solución se fué a su cuarto como un autómata, destrozado, hecho polvo, viendo el pretigio adquirido en la vecindad y la oficina caído por el suelo. Entró en su cuarto y se echó a llorar sobre su cama -la de la criada- como esos marqueses el día que llega la República y son abolidos los títulos.

Santiago ONTANON.



D Luis de Góngora

EN SEGUIR SOMBRAS
Y ABRAZAR ENGAÑOS

SELECCION Y NOTA DE A.A.



CUADERNO DE POESIA

NUESTRA literatura del siglo XVI y del XVII da paso al aluvión de nuevos ideales que trae consigo el Renacimiento. Sobre el campo de las letras se va a operar una larga disputa a la que habrán de sobrevivir todos los adversarios. Góngora, de una parte, recoge poderosamente los nuevos vientos que llegan y ante la voz renacentista que previene sobre la fugacidad de la vida, el cordobés esculpe una canción sostenida en muchas estrofas y en la que muestra su posición poética ante tan alto tema. Si el místico reacciona ante esto encomendando el espíritu al camino de la paz celestial, Góngora se exaltará ante la fragilidad del Amor y de la Vida para exigir la posesión de cada minuto, de cada temblor de sangre, de cada fragancia pasional. Si la Vida se nos va tumultuosamente de entre las manos, vivamos plenamente cada uno de los escalones de esa pendiente despiadada. Para ello recurrirá al mito clásico, con desprecio del espíritu cristiano. (Es curioso el indiferentismo religioso de este poeta que le hace apartar de su obra, bien a pesar de sus hábitos, el tema piadoso a no ser para satirizar contra su compañeros de coro catedralicio). Si en la prosa española del siglo de oro brilla el Renacimiento en varios nombres eternos, en la poesía ha de ser el nombre de Góngora el que registre la más alta y lucente estrella. Envuelto exteriormente en un mundo de elementos inalterables y naturales, e interiormente por la pasión renacentista, Góngora marca en el vertice del XVI con el XVII uno de los cielos más puros de la lírica española.

I

DE LA BREVEDAD ENGAÑOSA DE LA VIDA

Menos solicitó veloz saeta
destinada señal, que mordió aguda;
agonal carro por la arena muda
no coronó con más silencio meta,

que presurosa corre, que secreta,
a su fin nuestra edad. A quien lo duda,
fiera que sea de razón desnuda,
cada Sol repetido es un cometa.

¿Confíésalo Cartago, y tu lo ignoras?
Peligro corres, Licio, si porfías
en seguir sombras y abrazar engaños.

Mal te perdonarán a ti las horas;
las horas que limando estan los días,
los días que royendo están los años.

II

Ilustre y hermosísima María,
mientras se dejan ver a cualquier hora
en tus mejillas la rosada Aurora,
Febo en tus ojos, y en tu frente el día,

y mientras con gentil descortesía
mueve el viento la hebra voladora
que la Arabia en sus venas atesora
y el rico Tajo en sus arenas cría;

antes que de la edad Febo eclipsado,
y el claro día vuelto noche oscura,
huya la Aurora del mortal nublado;

antes que lo que hoy es rubio tesoro
venza a la blanca nieve su blancura,
goza, goza el color, la luz, el oro.

III

Mientras por competir con tu cabello,
oro bruñido al Sol relumbra en vano,
mientras con menosprecio en medio el llano
mira tu blanca frente el lilio bello;

mientras a cada labio, por cogello,
siguen mas ojos que al clavel temprano,
y mientras triunfa con desden lozano
de el luciente cristal tu gentil cuello;

goza cuello, cabello, labio y frente,
antes que lo que fué en tu edad dorada
oro, lilio, clavel, cristal luciente,

no solo en plata o víola truncada
se vuelva, más tu y ello juntamente
en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada

IV

A LA ROSA Y SU BREVEDAD

Púrpura ostenta, disimula nieve,
entre malezas peregrina rosa,
que mil afectos suspendió frondosa,
que mil donaires ofendió por breve.

Madre de olores, a quien ámbar debe
lisonjas, no por prendas de la Diosa,
mas porque a las aromas deliciosa
lo más sutil de sus alientos bebe.

En prevenir al sol tomó licencia;
sintiólo él, que desde un alto risco,
sol de las flores haya que le incita.

Miróla, en fin, ardiente basilisco,
y, ofendido de tanta competencia,
fulminado veneno la marchita.

V

ALEGORIA DE LA BREVEDAD
DE LAS COSAS HUMANAS.

Aprended, flores, en mí
lo que va de ayer a hoy,
que ayer maravilla fui,
y sombra mía aun no soy.

La Aurora ayer me dió cuna,
la noche ataud me dió;
sin luz muriera, si no
me la prestará la Luna.
Pues de vosotras ninguna
deja de acabar así,
aprended, flores, en mí
lo que va de ayer a hoy,
que ayer maravilla fui,
y sombra mía aun no soy.

Consuelo dulce el clavel
es a la breve edad mía,
pues quien me concedió un día,
dos apenas le dió a él;
Efímeras del vergel,
yo cárdena, él carmesí,
aprended, flores, en mí
lo que va de ayer a hoy,
que ayer maravilla fui,
y sombra mía aun no soy.

Aunque el alhelí grosero
 en fragancia y en color,
 más días ve que otra flor,
 pues ve los de un mayo entero,
 morir maravilla quiero,
 y no vivir alhelí.
 Aprended, flores, en mí
 lo que va de ayer a hoy,
 que ayer maravilla fuí,
 y sombra mía aun no soy.

A ninguna al fin mayores
 términos concede el Sol
 si no es al girasol,
 Matusalem de las flores;
 ojos son aduladores
 cuantas en él hojas ví.
 Aprended, flores, en mí
 lo que va de ayer a hoy,
 que ayer maravilla fuí,
 y sombra mía aun no soy.

VI

La dulce boca que a gustar convida
 un humor entre perlas distilado
 y a no invidiar aquel licor sagrado
 que a Júpiter ministra el garzón de Ida,

amantes no toqueis si quereis vida;
 porque entre un labio y otro colorado
 Amor está, de su veneno armado,
 cual entre flor y flor sierpe escondida.

No os engañen las rosas, que a la Aurora
 direis que, aljofaradas y olorosas,
 se le cayeron del purpureo seno;

manzanas son de Tántalo, y no rosas,
 que despues huyen de el que incitan ahora,
 y solo de el Amor queda el veneno.

VII

EN EL SEPULCRO DE LA DUQUEBA DE LERMA

!Ayer deidad humana, hoy poca tierra;
aras ayer, hoy túmulo, oh mortales!
Plumas, aunque de águilas reales,
plumas son; quien lo ignora mucho yerra.

Los huesos que hoy este sepulcro encierra,
a no estar entre aromas orientales,
mortales señas dieran de mortales;
la razón abra lo que el mármol cierra.

La Fénix que ayer Lerma fué su Arabia
es hoy entre cenizas un gusano,
y de consciencia a la persona sabia.

Si una urca se traga el Oceano,
¿qué espera un bajel luces en la gabia?
Toma tierra, que es tierra el ser humano.

VIII

AL TIEMPO

Si quiero por las estrellas
saber, tiempo, donde estás,
miro que con ellas vas
pero no vuelves con ellas.
¿Adónde imprimes tus huellas
que con tu curso no doy?
Mas, ay, qué engañado estoy,
que vuelas, corres y ruedas;
tu eres, tiempo, el que te quedas,
y yo soy el que me voy.

IX

VANA ROSA

Ayer naciste y morirás mañana.
¿Para tan breve ser, quién te dió vida?
¿Para vivir tan poco estás lucida,
y para no ser nada estás lozana?

Si te engañó tu hermosura vana,
bien presto la verás desvanecida,
porque en tu hermosura está escondida
la ocasión de morir muerte temprana.

Cuando te corte la robusta mano,
ley de la agricultura permitida,
grosero aliento acabará tu suerte.

No salgas, que te aguarda algún tirano;
dilata tu nacer para tu vida,
que anticipas tu ser para tu muerte.

NOTAS DE LECTURA

LA VERGE D'AARON, por D.H. LAWRENCE. Nos encontramos ante un libro que no sido logrado plenamente. La primera parte del mismo hace presumir que esta novela tendrá un caracter fuerte que va desapareciendo a medida que se adelanta en la lectura.

El personaje de Aaron es un personaje inconseguido. Su personalidad, ilógica e incongruente; ya que queriendo presentarlo como un ser profundo y de ciertos principios, vemos que nada de esto hay en él, pues no se sujeta a ninguna norma ni a ningún principio.

Si le miramos como ser amoroso vemos que es un eterno fracaso; siente repugnancia y asco hacia el acto del amor porque siente el adulterio cometido.

Después de haber amado a la Marchesa se hace los siguientes razonamientos: "La dirá que es un hombre casado y que aunque él no tenga ningún dogma respecto a la fidelidad, y a pesar de ello, sus años de matrimonio habían hecho de él un hombre casado, y que, para él cualquier otra mujer que su mujer era una extraña -una violación. La diré, se decía a sí mismo, que en el fondo de mí mismo, amo siempre a Lottie y que esto era mas fuerte que él".

Más adelante pensará: "Yo estoy casado con Lottie. Y esto quiere decir que no puedo estar casado con otra mujer. Esto no está en mi naturaleza. Y seguramente no puedo soportar el vivir con Lottie, porque estoy casado sin estar enamorado. Cuando un hombre está casado no está enamorado. Un marido no es un amante."

¡No había quedado en que amaba a Lottie y de ahí su repulsión a amar a otra mujer! Entonces, ¿cómo compagina con lo que piensa después de que está casado y no enamorado? Y por otro lado,

si siente tanta repulsión al adulterio, cuando está separado de su mujer y lejos de ella, ¿cómo no lo siente antes cuando lo cometía con la dueña de "La Chêne Royale" que vivía al lado de su mujer, y luego se reunía con ésta, sin ninguna repugnancia?

De igual manera que reacciona ante el amor le ocurre con los demás actos de la vida. Se separa de su mujer sin saber por qué. Tal vez quisiera disfrutar de una libertad, que él creía no gozar en su casa, pero a lo largo de la lectura se comprende que no es así, que él es un hombre sin voluntad, un hombre que necesita caracteres fuertes que lo dominen, que lo moldeen aún contra su voluntad. De ahí su atracción hacia Lily, hacia Josefina y hacia la Marchesa. De ahí su desencanto con las dos mujeres, al verlas débiles, al notar que ellas buscan en él lo que él buscaba en ellas.

Pero Lawrence no se debió proponer esto al comenzar la novela. Los dos o tres primeros capítulos parecen indicar que el tipo de Aaron iba a ser un tipo fuerte y de personalidad varonil, pero en los capítulos posteriores esta personalidad desaparece y se convierte en la del niño que habiendo huido de su casa para hacer lo que quisiera, llora al verse solo, llama a su mamá.

En lo que se refiere a los personajes que aparecen en la novela no tienen éstos la permanencia que merecen para que hubiera sido una buena novela. Son personajes que aparecen en la escena para hablar de cosas determinadas, cosas que por lo general no tienen nada que ver con la acción principal, como por ejemplo el capitán Herbertson del capítulo "Todavía la guerra" o los dos ingleses que se encuentra Aaron en Milán.

Para mi concepto "La Verge de Aaron es

1171

una novela hecha deprisa y de mala mane-
ra, como para salir del paso, en la que
Lawrence aparece con un aspecto distin-
to a otras de sus novelas. Un detalle
de lo que digo lo tenemos en la repeti-

ción que tiene al colocar acciones que
se desarrollan en días consecutivos en
un mismo día de la semana.

José CAMPOS.-

